

E. MIRET MAGDA LENA

El problema —los problemas— en torno a Jesús, el personaje que fundó el cristianismo son importantes para todos, creyentes y no creyentes.

Antes se dividía la Humanidad por estas dos categorías de hombres. Y cada una aportaba una distinta valoración del cristianismo. Y no sólo valoraba las cosas del cristianismo de diferente manera, sino que vela los hechos bajo distinto prisma también.

Ahora se está haciendo un esfuerzo por superar, en lo posible, esta dicotomía, este muro de división que se levantó, sobre todo, en el siglo XIX y principios del XX en torno a la figura de Jesús. Así lo han intentado noblemente los investigadores judíos Klausner, Flusser y R. Aron.

La ciencia, pero no una ciencia abstracta y preconcebida sistemática, sino los métodos de la ciencia histórica actual, deben aportar algo decisivo a esta posible "ente"nte".

Pero creo que no vendrá tal entendimiento de la historia de "tijeras y engrudo", como la denominó Collingwood (Idea de la Historia, ed. F. C. E., México), aunque haya sido mejorada inteligentemente esta manera de hacer historia por Ranke en el siglo pasado. Ni tampoco de la historia ideológica, la que tiene un preconcebido método de interpretar, olvidando que el difícil camino del conocimiento histórico es distinto y más complejo. Es un camino "sui generis" que hoy se empieza a desvelar mejor.

Por eso, cuando se estudia a Jesús debemos superar lo que no es ya ciencia histórica actual: aquella que forjó una historia llena de aparato crítico sin más, o de interpretaciones ideológicas sistemáticas que encerraban la vida en moldes preconcebidos. Al trabajo histórico concreto debe proceder un paciente conocimiento teórico y práctico de los métodos más modernos de hacer historia.

H. I. Marrou, Marc Bloch, L. Febvre y Paul Ricoeur, son quienes —entre otros— han sabido dar un gran salto en este costoso camino de renovar los criterios de investigación histórica, afinándolos para no perder la realidad de los hombres vivos que fueron las personas y personajes de otros tiempos. Lo mismo que, en el campo de la historia de Jesús, hicieron ayer los católicos como el padre Lagrange; O. P., y hoy Schnackenburg A. Nisin, Rigaux, O. F. M.; Robert y Feuillet, Schelkle, León-Dufour, S. J.; De Vaux, O. P.; Benoit, O. P.; J. B. Bauer, Lyonnet, S. J.; Bonsirven, S. J.; J. Steinmann, Spicq, O. P.; J. L. Mackenzie, S. J.; A. Dulles, S. J.; J. Guittion, Trilling, Schmid y Wikenhauser; o los protestantes Taylor, Dodd y Cullmann.

Los métodos de la ciencia positivista o los de la interpretación ideológica, tienen su evidente valor. Nadie debemos negarlo, pero tienen un defecto grave si son los únicos que se emplean, y además se pretende poner en ellos la última palabra. Marc Bloch —el gran investigador que murió fusilado por los alemanes en 1944— decía que "comprender no es juzgar", lo mismo que pretenden hacer

y aconsejar todos estos especialistas actuales del estudio histórico, sin abandonar el esfuerzo crítico. La Historia no se deja coger como hacia Sherlock Holmes, mirando los detalles con lupa; eso no basta. Tiene uno que superar este "objetivismo" —positivista o ideológico— que olvida "que el historiador practica modos de explicación que exceden su propia reflexión, porque no puede olvidar que la explicación es operada, realizada vitalmente, antes de ser poseída reflexivamente" (P. Ricoeur, Histoire et Vérité). Tiene que hacerse por eso el difícil ejercicio de "comprensión vital" que pocos historiadores eruditos han realizado y que piden con razón estos modernos filósofos e investigadores de la historia. Lo que "hay que comprender y explicar en último extremo son los hombres" (o. c.) y hacerlo "por un esfuerzo de simpatía" y con "una afinidad previsora". Pero nunca con un estado de ánimo muy distinto, que invalidaría el difícil quehacer his-

EL PROBLEMA DE JESUS

tórico concreto, el cual debe superar la simple erudición y el solo espíritu crítico de detalle, así como el "prejuicio" ideológico. No nos olvidemos que por aquellos métodos del racionalismo del siglo XIX, que todavía continúan, "Jesús se ha convertido en una abstracción personificada" (A. M. Besnard, Un tal Jesús). Por el contrario, "Jesús es una personalidad que se impone, desbordando todo lo que humanamente ha contribuido a formarla" (o. c.). Eso es lo que algunos creyentes descubrimos a través de esa forja humana de palabras e ideas que están escritas en el Evangelio por los discípulos de Jesús.

Esto es lo que, a través de estos nuevos caminos de hacer historia viva, se descubre esencialmente en el Evangelio, superando la fronda de influencias y de estratos históricos que en él existen evidentemente.

El Evangelio es fundamentalmente un libro de vida, y no hay que perderlo de vista. Por eso es necesario —para entender algo— "captar" el personaje que está expresado y oculto al mismo tiempo, tras esa rica frondosidad evangélica, a menos que digamos gratuitamente que esto no es posible porque Jesús no escribió personalmente nada, pretendiendo así invalidar con ello toda la historia que no fue escrita por sus propios personajes.

"Aun cuando tomemos conciencia de la elaboración literaria y teológica de los escritos sinópticos, aun cuando nosotros tratemos de caracterizar la teología de Marcos, de Mateo, de Lucas, como se ha hecho mu-

chas veces con Juan, los Evangelios tienen un mismo origen (una persona viva) y apuntan a una misma dirección (esa misma persona). Ya Ireneo había subrayado la importancia decisiva, tanto de su diversidad como de su unidad" (M. Bouttier, Du Christ de l'histoire au Christ des Evangiles).

Esa unidad vital es la que se descubre con este contacto vivencial, con la persona que se trasluce tras lo dicho en los Evangelios. Pero resulta costoso para otro punto de vista histórico distinto, parecido al que aludo críticamente, el hallazgo de este personaje real, como les pasa a la mayoría de los trabajos sobre Jesús que se han escrito hasta hace poco.

Cuando leo esta literatura me quedo perplejo, porque estando de acuerdo con muchas de sus afirmaciones de detalle, me hace el efecto de que pretenden mirar un mosaico trozo a trozo, perdiendo de vista el conjunto estructural, distinto cualitativamente del detalle, o bien que, al captar el conjunto estructural, en vez de intentar descubrir —si es un personaje— lo que tiene de vital, lo disecásemos con nuestro escalpelo ideológico particular, deformándolo con la mejor buena fe.

Por supuesto que esa actitud no es sólo propia de muchos no-creyentes, sino también de multitud de creyentes cristianos. No hemos aprendido claramente esta lección de la historia actual y pretendemos poner en el Evangelio nuestras propias ideas y preocupaciones, en vez de leerlo y vivirlo, como haría un budista zen, que procuraría mirarlo y escucharlo sin juzgarlo. En una palabra: comprenderlo sin juicios previos a través de toda la crítica que se quiera, pero sin quedarse solo en ella.

Esto es lo que hacen algunos militantes católicos, sobre todo obreros, que saben sacar intuitivamente del Evangelio la savia que se desprende del personaje Jesús, y lo viven espontáneamente con gran provecho para la construcción de un mundo nuevo y mejor, que está vitalmente en la línea del fundador del cristianismo.

Porque Jesús, a pesar de vivir en su tiempo (que era el de un mesianismo político-religioso), sin embargo opino —con otros pensadores cristianos actuales— que se despegó de tal mesianismo judaico y plantó las bases esenciales de una actitud política de liberación humana, que hoy recoge la teología de la esperanza de Moltmann y la teología de la liberación de Gutiérrez, Miranda y Alves. Y que se puede y debe ir encarnando en el mundo y en sus estructuras para producir, como fermento, una transformación a nivel de las diferentes culturas si los cristianos son conscientes de ello.

Este es el Evangelio real que tenemos bastantes cristianos, y no otro, porque lo desprendemos de un personaje vivo llamado Jesús, que todavía llama en todas las épocas a nuestras conciencias a través de las palabras más o menos perfectas de sus discípulos y calando a través del mesianismo del siglo I.